

Como al lado de cada río, una pequeña neblina entretejía la orilla cuajada de cañamos y otras plantas acuáticas. Resbaló con el barro, sin apercibir el pequeño gritito que había exhalado al evitar la caída, recuperado el equilibrio se adentró un poco más en la niebla, tenía que haber ranas, Gabino se lo había dicho, el nunca mentía. Estaba tan concentrada que apenas respiraba y definitivamente no escuchaba lo que ocurría a su alrededor.

- ¿qué hace aquí una niña a estas horas?

Grito se asustó y se resbaló embarrándose todo el frontal del vestido. Miró hacia arriba y al ver que solo era un niño mayor, de la edad de su hermano Manolo reviso su ropa. Estaba sucia empapada y hacia frío, y no tenía ni una sola rana. Se encaró con el muchacho:

- ¿Bueno que hace un niño aquí a éstas horas?
- Recogía cañas
- ¿para qué?
- Para hacer juguetes
- Anda ya, tu no sabes hacer juguetes.
- Claro que si, mira, te regalo esta mecedora, para compensar lo del susto, peor mejor nos vamos, te vas a enfriar.
- Buscaba ranas.

El sonrío, le preguntó de donde era y le acompañó casi hasta la puerta de su casa, descubrió que era de un pueblo cercano y que solía bajar al río a buscar buenas cañas para los juguetes que hacía, mecedoras, sonajeros a los que les metía piedras, columpios... Sonaba fascinante. Según se secaba el barro lo fue arrancando a ronchas del vestido, al llegar a su casa ya no estaba tan mal. Le dio pena despedirse, peor sabiendo de donde era sería fácil de encontrar, de pronto se alarmó:

- ¡No se tu nombre!
- Antonio
- Dora
- ¡Encantado!
- Tengo que irme o se preocuparán
- Adiós, gracias por acompañarme

Se quedó en la puerta unos segundos, y luego entró en la casa con la mecedora nueva para su muñeca. A lo mejor sabía hacer coches o carricoches, eso seria increíble.

Se le había hecho de noche en el camino, debía darse prisa o llegaría a casa muy tarde, y necesitaba descansar.

Se detuvo frente a una casa encalada arreglada peor sencilla, curiosamente le resultó familiar, como un viejo recuerdo. Llamó a la puerta, y oyó voces, y griterío dentro. Deseo para dentro que el abriesen, era tarde pero tenía la esperanza de que el atendiesen. La puerta se abrió pero con el cambio de luz apenas podía distinguir el interior.

Le recibió la voz de un hombre, le explicó que hacía allí y le entregó el paquete que llevaba en las manos. Se marchó deprisa aún le quedaba bastante camino. Antonio habría jurado que una muchacha le miraba escondida desde el rincón oculto de las escaleras.

El paseo de día era mucho más bonito sin duda. Estaba de pie en la sala de la casa, era luminosa fresca y acogedora, había mantelitos y tapices nuevos, o muy cuidados, pequeñas decoraciones jarrones y detalles similares. En un rincón del aparador del salón vio una muñequita de lana con mofletes enormes, estaba sentada sobre una mecedora como las que él hacía, exactamente igual. Se quedó mirando la mecedora sorprendido e hizo amago de acercarse a observarla, peor en ese momento entraron dos mujeres en la salita.

- Espero no haberte tenido mucho tiempo esperando, aquí está el mantel de tu madre, lo ha cosido mi hija Dora, aprendió a coser ya bordar con las mojas en Sigüenza, espero que te guste el resultado.

La mujer extendió la pieza sobre la mesa camilla, él miró sorprendido a la muchacha, era preciosa. Intentó concentrarse en el mantel y se vio doblemente sorprendido, habría jurado que ahí había una quemadura hecha por un ascua, pero no estaba por ningún sitio. Buscó en cada rincón del mantel, mientras las dos mujeres le miraban sonrientes.

- ¡Es asombroso!
- Si una verdadera obra de arte, ¿no es cierto? Tened más cuidado al acercaros al brasero, es un buen mantel, debéis tener más cuidado.
- Muchas Gracias Sra. Petra., muchas gracias Dora.
- Ven te acompaño a la puerta
- Ehhhh si gracias Sra., hmmm Me preguntaba si no le importaría, ¿podría acompañar a Dora al baile de la semana que viene?
- ¿Hija que dices?
- Me parece bien.

La sonrisa del muchacho era enorme mientras volvía en bicicleta a su pueblo con el mantel mejor que nuevo y a la muchacha más bonita de toda Guadalajara en el corazón.

- Abuelito, ¿pero la mecedora la hizo ese chico no?
- Siiiiii, por que no lo reconocía
- Jajaja bueno el amor tiene esas cosas, no piensas muy bien.
- ¿Nos seguirás contando historias?
- Bueno, pero primero ayudad a la abuela a preparar al comida.
- ¿No necesitas ayuda con las cañas?
- No Michelle vete ayudar a al abuela

La niña corrió hacia donde estaba la mujer preparando bocadillos sobre una mesa plegable de campo; abierta una tartera con filetes empanados y tortillas de patata. Se sentó al lado de una niña más pequeña que ella e intentó ayudar en algo mientras observaba la escena, su abuela preparando bocadillos al lado del Renault 8 bajo unos chopos (que llegarían a darle alergia en un futuro no muy lejano) su hermana la lado en una especie de columpio hecho con una soga de esparto y una manta de viaje a punto de morder...

- ¡ey mi brazo!
- Teno hambre
- Yyyyyy, no soy un muslo de pollo, ¡Abuelaaaaaa!
- Ya hijas no os peleis, anda tomad un trocito cada una y nada de peleas.
- Hmm que rico tortilla
- Voy a buscar al abuelo

La niña salió corriendo en dirección al río que pasaba por debajo de su posición sin escuchar los gritos de su abuela, podría caerse, si seguro que sí siempre lo hacía peor tenía el culo dulo.

- ¡Abuelitooooo la comida!
- No corras así muchacha que te va a dar algo
- Que ya está la comida
- Pues vamos para allá
- ¿Te ayudo?
- Sí, llévame esto
- ¿Una mecedora de cañas?

La niña miró con una sonrisa torcida a su abuelo, iba a decir algo peor, que había que decir, sonrió y sujeto la mecedora en sus manos mientras su abuelo le daba un par de palmotazos en la cabeza revolviéndole el pelo.

- Anda vamos, no vamos a hacerlas esperar.